

UN ÁNGEL
DE
BARRACAS

Crónica de la
guerra de pandillas
en Villa 21

Pablo Sartirana

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	03
BARRACAS AL SUR.....	06
GUERRA CIVIL.....	09
LOS PIRATAS.....	13
EL ASFALTO.....	22
EL FONDO.....	27
EL LINYERA.....	32
CAÑO ROTO.....	35
DE LA CUNA AL FUNERAL.....	41
ENTREVISTA.....	46
FOTOGRAFÍAS ENCONTRADAS.....	51
CINE Y TELEVISIÓN.....	52

PRÓLOGO

Este sobrecaliente y sobresaliente texto de Pablo Sartirana que tiene en sus manos es una historia que marcó para siempre la vida de los vecinos de la Villa 21 en Barracas. Entrando por estas líneas encontrarás la puerta para ingresar a un mundo desconocido. Incluso para muchos vecinos de este barrio. Cuando la violencia arreciaba en la villa, “el Ángel”, protagonista de esta historia, contó con la ayuda de otro “Ángel” que iluminó su andar. A este último le decían “el ángel de la bicicleta”. Se trataba del padre Daniel de la Sierra, amigo y compañero del padre Carlos Mujica de Villa 31 de Retiro. Cuando el padre Daniel muere atropellado por un camión y es abandonado a su suerte, la noche lluviosa del 25 de octubre de 1992, todos los males parecieron caer sobre Villa 21.

La violencia creció como un espiral. Fue en esos tiempos en que los “chicos de la esquina” se convirtieron en “la banda de la esquina”. El paco y las adicciones llegaron en esa temporada. Y la Villa 21 que tenía un carácter rural, tanto por su población agraria proveniente del Paraguay como por la topografía del lugar, que hasta el comienzo de este siglo mantenía grandes predios desocupados, se convirtió en la Villa más poblada de la Capital Federal. El hacinamiento habitacional fue y es dramático. Las precarias casas construidas para una

familia pasaron a ser compartidas por dos y hasta tres. El espacio vital entró en una crisis irreversible.

Gustavo “El Paragua” Benítez es “El Ángel de Barracas” que rescata del olvido el escritor Pablo Sartirana. Gustavo fue fundador de la ONG “Heridos del Sur”, nombre que fue cambiado por recomendación de funcionarios gubernamentales que pensaron que esa denominación no era la adecuada...veremos con el transcurrir del relato que ningún otro nombre era el más acertado. Esta crónica utiliza recursos del género de “no ficción” y muchos nombres fueron cambiados por respeto a los protagonistas y a su privacidad.

La llegada del padre “Pepe”, José María Di Paola, a la parroquia Virgen de los Milagros de Caacupé en Villa 21 fue el soplo de vida y esperanza sobre el que flotó el ambiente de esos años donde “El Paragua” libró sus batallas por un mundo mejor. Hoy la ONG Vientos Limpios del Sur, que su amiga y compañera Marina Kopp sostiene con su esfuerzo personal, es la testigo más calificada de la transformación del barrio. El “Ángel” convirtió a la villa en un gran centro educativo y cultural. Solo unos pocos saben de la sangre derramada.

Víctor Ramos



VILLA 21

BARRACAS AL SUR

Al sur de Barracas la avenida Vieytes desemboca en el Riachuelo y es un lugar solitario para el ciclista nocturno. Solamente hay persianas bajas, portones cerrados y oficinas vacías. En la esquina de General Iriarte, al oeste, empieza un boulevard iluminado que termina en Avenida Vélez Sarsfield, la continuación natural de Entre Ríos y de Callao. A los costados se reparten cuatro hectáreas de parque público que fueron de la familia Pereyra Iraola. Enfrente queda la basílica Sagrado Corazón de Jesús, un edificio majestuoso. Del otro lado de Vélez Sarsfield, las calles se vuelven oscuras y la sensación es de suburbio. El camino continúa cuatrocientos metros hasta Iriarte y Luna, esquina emblemática y puerta de entrada a la villa más grande de la ciudad de Buenos Aires: La 21 Barracas.

Iriarte es la avenida principal conocida como “El Asfalto”, en donde están los comercios y las paradas de colectivos. Los edificios de Iriarte son de ladrillo hueco, revocados y pintados, algunos tienen una escalera caracol por fuera. Pero tierra adentro, la cosa cambia: en lugar de calles as-

faltadas, hay barro. Tierra adentro los techos de las casillas son de chapa y las paredes se van hundiendo en el suelo húmedo del Riachuelo. Es la zona de más difícil acceso: El Fondo. Esos dos sectores -El Asfalto y El Fondo- tuvieron una guerra de pandillas.

Esta es la historia de un ex pandillero del Asfalto que se volvió un ángel para todos los pibes de las esquinas. Su nombre es Gustavo Benítez. “El Paragua” para los amigos. A cien metros de Iriarte, en Río Cuarto, hay un grafiti del ángel: tiene un buzo con capucha, dos alas y está tocando la guitarra. En la otra esquina, un escudo pintado del club de fútbol Barracas Central; y más allá, para el lado de la avenida, un santuario del Gauchito Gil con ofrendas de fotos, botellas y cigarros.

En La Biblia los ángeles son mensajeros y cuando la “buena nueva” de “El Paragua” llegó a las esquinas empezaron los milagros en La 21 Barracas: se asfaltaron las calles, se limpiaron los pasillos y se iluminaron los pasajes. Gustavo Benítez fue el ideólogo de la primera cooperativa de trabajo para urbanizar la villa en el año 2000. Y logró

algo casi tan difícil como la urbanización: juntar en una pieza a los más picantes de cada banda.

—Muchachos —dijo el Paragua—. Vamos a bajar los fierros. Hay que buscar otra salida.

Esa salida fue Vientos Limpios del Sur, una *oenegé* villera que rescató a decenas de pibes de la delincuencia y el paco. Sus fundadores, amigos del Paragua, son ex pandilleros. Todos vivieron la guerra. Son sobrevivientes.

En el lapso de tres años fui siguiendo la huella del ángel por las esquinas, parando con algunas bandas. También hablé con familiares y vecinos. Al principio los veía intimidantes a los pibes enfundados en sus camperones deportivos, fumando porro y vigilando cada movimiento de la villa, mientras que por el altavoz de un celular suena *Aldo Hayder*, el *dj* de moda. Tenía el prejuicio de que siendo periodista me iban a sacar matando, pero en vez de eso se sintieron intrigados de que alguien de afuera del barrio, un *juanchito*, como dicen ellos, los escuchara y se interesara por sus historias.

GUERRA CIVIL

Los veranos en el Riachuelo son la gloria. A la altura del meandro están los restos de un muelle donde una señora sentada escucha música en su *Winco* portátil. Hay un caño roto que tira un chorro de agua, el famoso “caño roto” donde la gente llena los baldes para llevar a sus ranchos. No muy lejos está el puente de vías que comunica con la ciudad de Avellaneda. El Tranco, se llama. El tren de cargas que cruza la avenida Iriarte se dirige hacia allá: el deporte preferido de los pibitos, los más temerarios, es subirse descalzos sin remera a los vagones en movimiento y treparse por las escaleras hasta los techos. Cuando el carguero avanza como una estampida de elefantes y cruza El Tranco, los pibitos saltan al agua del Riachuelo. Ese es su trampolín. Pero alguien queda rezagado, nadie lo ve. Gustavo se agarra el pie. Tiene once años. Se resbaló de la escalera y la rueda de hierro le aplastó los dedos. Está sangrando en el piso. La noticia del accidente corre como teléfono descompuesto entre sus amigos:

—¿Te enteraste lo que le pasó al Paragüita? ¡Fueron los hijos de puta de Zavaleta!

La banda de Gustavo Benítez recorre baldíos y juncales. Pasa de largo por galpones abandonados donde antiguamente se guardaba trigo y se reparaban locomotoras a carbón. Hacen una parada obligada en los alambrados de una fábrica de hormigón sobre avenida Iriarte. “Pavimentos Alegre” es un predio con entrada para vagones de carga y una flota de camiones trompo. También hay bolsas de cemento, montañas de arena y tosca. Los pibitos entran a escondidas y se llenan los bolsillos de piedras. Traen gomeras. Cruzan la vía del carguero y caminan hasta ese punto del mapa que marca la frontera entre Barracas y el barrio de Pompeya. Llegan hasta una hilera de casas prefabricadas. Los enemigos de Zavaleta los ven venir y la empiezan a agitar. Los guachines de La 21 lanzan la artillería. Empieza la batalla.

—¡Paraguayos de mierda! — gritan los zavaleteros.

Los pibitos de la villa no son todos de Paraguay. Tampoco “El Paragua” Benítez que vino de Misiones con su mamá. Son hijos de colonos: familias campesinas del Interior que llegaron a Buenos Aires y viven en ranchos de madera y chapa cartón. La Villa 21 Barracas son todavía sesenta y

ocho hectáreas de terrenos ferroviarios, un paisaje de galpones, huertas, pinos y bañados. Sus primeros habitantes son costureras, agricultores, ex carboneros del ferrocarril, obreros de fábrica, empleadas domésticas con “cama afuera” y pequeños comerciantes. La gran inmigración paraguaya recién empezaba. De 1990 a 2012 la villa pasó de seis mil habitantes a sesenta mil; la mitad de su población es oriunda de Paraguay.

Los hijos de las familias colonas crecen rápido. Como la villa. A mediados de los años ochenta la banda de Gustavo “El Paragua” Benítez ya no se tira de los techos de los vagones al Riachuelo. Tampoco aspiran pegamento a orillas del Tranco, ni buscan cobre en los galpones abandonados. Se juntan siempre en la avenida Iriarte, cerca de la vía. Practican un deporte nuevo.

El tren de cargas viene puntual. La chicharra suena. Los coches se frenan en fila detrás de la barrera. Los pibes fichan un camión con mercadería. El Paragua Benítez sale a la avenida y empieza a bajar las cajas a toda velocidad mientras la formación del carguero cruza Iriarte como

una estampida de elefantes. El chofer del camión ve la secuencia por el retrovisor: no puede poner primera, ni marcha atrás sin chocar. Está metido en una ratonera. Antes que la barrera suba, los pibes salen corriendo con el botín y se pierden por los pasillos de la villa. A esa modalidad de robo, en la jerga, se le dice “piratear” en la avenida. El nuevo deporte de “Los Piratas”.

En la década del noventa “Los Piratas” son la banda de chorros que paran en avenida Iriarte. “Los Piratas del Asfalto” es el nombre de su equipo de fútbol. Los fines de semana en la villa hay campeonato. Por plata. Ellos se anotaron y les tocó jugar contra una banda de delincuentes que paran detrás de la parroquia de Osvaldo Cruz, cerquita del Riachuelo. El partido fue en el sector de Tierra Amarilla, cancha neutral. Nadie se acuerda el resultado porque se fueron a las manos. Y se prometieron balas. Cada banda compite en armamento: carabinas, metras y “faluchos”, como llaman al fusil. También pistolas nueve milímetros y chalecos. Entre los años 1997 y 2004 se registraron sesenta asesinatos en el barrio.

LOS PIRATAS

Lavardén es el pasaje de la villa que divide la manzana diecinueve de la catorce y desemboca en Osvaldo Cruz. Es una calle angosta que a los costados es puro pasillo y el cielo atravesado de cables. En Lavardén se dicen muchas cosas de Gustavo “El Paragua” Benítez: que era el piloto de Los Piratas, o sea, el chofer de la banda; que guardaban los “fierros” en el falso fondo de un pasillo, que trajo las primeras zapatillas *Adidas* a la villa y las vendía a buen precio, que robaba estaciones de servicio *Agip*, que estuvo “de vacaciones” en Caseros, Olmos y Sierra Chica; que la mamá una vez lo salvó de un pelotón de fusilamiento, encaró a los asesinos y les dijo: “si matan a mi hijo me van a tener que matar a mí también”, y que al final no mataron a ninguno de los dos.

Después de todo eso, El Paragua se volvió evangelista. En los años noventa maneja un taxi. También toca la guitarra y juega al ajedrez. En algunas fotos se lo ve alto, flaco, de brazos pesados. El pelo enrulado, la sonrisa pícaro, un tiro en el ojo.

—A veces paraba con nosotros y si le pintaba su locura, se quedaba a “piratear” —dice Trompi, mi guía entre las pandillas—. En invierno con los pibes del Asfalto hacíamos un fogón a la noche. El Paragua estacionaba el taxi en la esquina y bajaba con la guitarra. Tocaba “La Balada del Diablo y la Muerte” y una canción que hablaba de castillos de cristal.

A medio camino de Lavardén vivía el Paragua Benítez, arriba de donde ahora hay una carnicería. Su casa era un ranchito de chapa y machimbre que ocupaba la mitad del techo del local. La única forma de subir era con una sogá atada de arriba porque no había escaleras. “Al mediodía íbamos a pedir los huesos que le sobraban al carnicero para hacer un puchero en la casita de arriba. Si caía un pibe más y no alcanzaba la comida, el Paragua le daba su plato y se quedaba sin comer, corte Jesús.”

El Paragua Benítez fue recorriendo las bandas y parando con los vagos de todas las esquinas hasta llegar a la frontera con El Fondo. En ese sector delimitado por la calle Luna, Osvaldo Cruz, la vía y el Riachuelo, los bravos mu-

chachitos del Fondo lo saludaron con un corchazo en la pierna. “Pensaron que iba a *sapear*, a pasarle información a Los Piratas. Y le dieron un tiro de onda.” El Paragua volvió rengo de la excursión, pero no se achicó. Se mandó de nuevo solo (“de cabeza de gato”) para hablar con un capanga del Fondo. Un asesino. Lo convenció para que vaya desarmado a una reunión en su casa, territorio neutral. Y fue en esta carnicería de Lavardén, manzana diecinueve, casa cuarenta y tres, donde el pandillero del Fondo llegó acompañado del Paragua y subió a la casita con un chaleco antibalas puesto. Dos *ñeris* suyos del Fondo lo esperaron abajo, a la vuelta del pasillo, con la “nueve” en la cintura por si no bajaba. Lo que pasó en esa reunión quedó en las cuatro paredes del rancho que el tiempo tiró abajo.

En diciembre de 2013 voy a entrevistar a uno de Los Piratas que estuvo en las reuniones de la casita con El Paragua Benítez. Nos encontramos en los galpones de Iriarte, la avenida conocida como El Asfalto. Los fines de semana la avenida Iriarte se corta con vallas y el tránsito se desvía

para dar lugar a la feria. Hay puestos de ropa, discos de moladoras, destornilladores, mechas de distintos tamaños, cuchillos, ollas, tamales, tortillas, asadito, chipagüazú, yuyos para el tereré, aceite de carpincho para el asma, mandioca, pan con anís, tapas para el termo, almohadones, juguetes, *cídís*, *devedés* y mil cosas más. Las comadres bolivianas con sus polleras y sus mantas en el suelo acomodan cajones de frutas y verduras. El resto de los días Iriarte es una avenida doble mano por donde pasan camiones, bondis, autos y motos.

Esteban “el pirata” tiene treinta y seis. Cuatro años y medio los pasó a la sombra en la vieja cárcel de Caseros y en la unidad veintiséis de Marcos Paz. Ahora trabaja en el rubro de la seguridad. Es grandote, en el pecho se tatuó el apodo de uno de los tantos pibes que mataron. Su hermano.

—¿Así que ustedes eran piratas del asfalto?

—¡Nada que ver! —dice Esteban—. Nos decían eso porque robábamos en la avenida, en El Asfalto.

—Entonces negás que eran piratas del asfalto.

—¡Nada que ver! —se ofusca—. ¿Vos querés saber por qué

nos decían “Los Piratas”? ¡Mirá! —Esteban señala una camioneta en medio de una fila interminable de autos que espera el semáforo verde de Luna—. Nosotros abríamos la puerta de atrás si no tenía candado o precinto y tirábamos las cajas al piso.

Esteban me aclara que ellos eran un equipo de fútbol: “Los Piratas del Asfalto”. De ahí viene la confusión. Estamos sentados en unos banquitos cerca de un santuario del Gauchito. En las paredes del barrio se lo pinta de rodillas frente al santo pagano de La Muerte. Esteban se cruza de brazos, los deja caer.

—Tampoco entraban autos robados ¿no?

—Eso lo hacían los del Fondo, seguro —Esteban hace silencio—. El Paragua sí traía autos.

—¿El Paragua Benítez?

—Sí. ¿Qué querés saber?

El semáforo de Luna se pone otra vez en rojo. La fila de autos crece.

—Yo pensaba que era tachero.

—Sí, también hacía sus fechorías con el taxi —La enorme espalda de Esteban se dobla hacia adelante y cruza los

brazos—. Una vuelta los pibes volvían de trabajar. Sabés lo que es “laburar” ¿no? Bueno, estaban bajando mercadería del baúl y apareció uno del Fondo. Sacó la mano por el pasillo y arrancó a los tiros. Al Paragua le pegó en un ojo.

Después del partido de fútbol, los pibes del Fondo empezaron a venir seguido para el lado del Asfalto, dice Esteban. Algunos encapuchados con armas largas “le colaban la casa de cheto a los vecinos”. Otros directamente eran pungas y rastros que merodeaban las paradas de colectivo; desclasados del delito capaces de cualquier hazaña sangrienta por una mochila o una campera que, de todas maneras, iba a terminar en manos del transa. Esteban lo vio venir al Paragua Benítez que le dijo: “¡Por favor! ¡Que no vengán más!”. Y Esteban se calentó: “Esta noche caigo a tu casa con un amigo y los matamos a todos”.

Esteban cumplió con su palabra. Cayó en el pasaje Lavardén a las tres de la madrugada con un bolso. Adentro llevaba una carabina y dos “nueve”, una para Dinosaurio, el amigo que venía con él. Treparon la soga hasta

la terraza y entraron a la casita del Paragua. Adentro había una cama, un fuelle para cocinar y una guitarra. Tomaron mate hasta las cuatro y media. “Yo me quedo acá”, dice El Paragua Benítez. Esteban salió de la casita y miró desde la terraza para el lado del Riachuelo. Vio una cabeza que se asomaba. Estaba oscuro. “Me parece que ahí vienen, Dino”. Agarró la carabina y saltó a la losa del vecino. Vio a un pibe correr descalzo por el pasillo. Después nada, silencio. Se asomó por la saliente del techo del vecino que daba a Lavardén y vio venir a dos pibes. Uno en bicicleta y el otro que caminaba al lado. Justo cuando iban a pasar por debajo del techito donde Esteban estaba parado, se frenaron con cara de susto. En todo ese rato Esteban no se había dado cuenta que debajo de sus pies estaban los pibes del Fondo “meta chorear a dos manos”.

—Se regalaron —dice Esteban en voz baja—. Ahora los hacemos pollo.

—¿Estás loco? ¿Cómo los vamos a matar? — pregunta Dinosaurio, asustado.

—¿Me estás cargando? ¿A qué mierda vinimos?

Dinosaurio dispara primero para espantarlos, pero Es-

teban le apunta a su presa del Fondo y lo sacude de dos carabinazos. El pibe del Fondo sigue corriendo y cuando llega a Osvaldo Cruz cae al piso. Lo mandó al hospital.

—¿Qué hicieron? —grita El Paragua Benítez con las manos en la cabeza—. ¡No vengan más!

—Se quería matar El Paragua —ríe Esteban.

—Pero él te pidió que fueras.

—Sí, porque estaba cansado de que vinieran y lastimaran a la gente. Pero no quería verte con un arma en la mano. Él hacía encuentros en su casa y tocábamos la guitarra. Canciones de la iglesia. Alabanzas, se llaman.

El semáforo de Luna corta de nuevo, una fila interminable de autos empieza a frenar y la gente aprovecha para cruzar mirando que no venga nada del otro carril.

—Un día voy a la casita y ¿a quién me encuentro? A uno del Fondo. “No pasa nada”, dice El Paragua, “vamos a compartir unos mates, dejémonos de hinchar las bolas. Nos estamos matando entre nosotros”.

Esteban “el pirata” se ríe.

—¿Te acordaste de algo?

—Hay un tema que siempre tocábamos a dúo con El Paragua. Él decía que era de *Vox Dei*, pero yo no le creí. Nunca lo escuché en ningún lado. Dice así:

Ayer yo era un niño que jugaba
y en la ingenuidad cantaba
de una vida que iba a sonreír.

Hoy en la lucha con la vida
me doy cuenta que estoy solo
sin ideales, sin propósitos.

EL ASFALTO

Soy Pedro, El Rubio. Tengo treinta años. Así como me ves con mi conjunto deportivo nuevo, mi celular, mis cadenitas de plata que combinan con este reloj de diamantina, yo vengo del campo. Un lindo arroyo donde comíamos naranjas y mandarinas en invierno. Mi primera impresión de Buenos Aires fue un basural enorme a cielo abierto. Nos bajamos con mi familia del colectivo en la calle Iguazú donde ahora está el sector de San Blas en Villa 21. Caminamos por el medio de la basura con los bolsos en la mano. “¿Adónde vinimos?”, pensaba yo. Y con el tiempo nos acostumbramos a ese lugar lleno de olor que era un asco. Y terminamos comiendo de la basura. Los camiones descargaban día y noche. Todo lo que los ricos y las cadenas de supermercado tiraban en los volquetes venía a parar acá, te hablo de la primera época de Menem. Se tiraban buenas cosas. Nosotros juntábamos shampoo, crema enjuague y jabón para vender. Si encontrabas una golosina te salvaba la comida. Había que estar atento nomás.

Sobre la guerra que vivimos te puedo decir que la bronca empezó por un partido de fútbol. Las bandas salían a afanar y empezaron a enfierrarse. Caminaban Provincia buscando contactos. O transaban con policías: armas que la gorra secuestraba en los allanamientos y no hacían figurar en los registros, después llegaban a la villa en el baúl de un auto. Una noche venían los del Fondo para acá; otra, se iban Los Piratas para allá. Un concierto de tiros. Cada pandilla tenía su sector y el único transa quedaba de nuestro lado. Nadie quería ser transa. La onda era robar.

Yo soy de la banda del Asfalto, a veces somos treinta pibes en la esquina fumando porro. Tenemos nuestro equipo de fútbol, pero no todos estamos en la onda de salir de caño. Mi vecino El Paragua Benítez fue el primer chorro de la villa. Trajo un cargamento de *Adidas* blancas con las tres tiras. Todo el barrio andaba con esas zapatillas. En la época que yo iba a la secundaria, él manejaba un taxi. A las seis de la tarde me lo cruzo en la calle. Gustavo estaba con un palo de escoba en la mano revolviendo un tanque de doscientos litros con cal y agua.

—¿Qué onda, Paragua?

—Vamos a pintar el frente de las casas por cinco pesos.
¿Querés hacerte una moneda?
—Dejate de joder —le digo—. Vamos a fumar uno.
—No, no, no — El Paragua sigue revolviendo con las
dos manos adentro del tanque—. ¿No tenés pincel? ¿Tu
papá? ¿La doñita no tiene? Dejá, voy yo. Revolveme
esto.

Se le ocurría algo y lo hacía, no le importaba si estabas o no. Un día me dice: “Pedro, acompañame al centro a hacer un trámite. Vamos fumando una tuquita”. Y a otro le tiraba: “loco, más tarde vamos a hacer una changa a Tierra Amarilla. Y después nos tomamos una birra bien fría”. Sabía por dónde entrarles a los vagos, te arrastraba a lo buenito. Y cuando pasaba por una esquina donde jugaba de visitante saludaba con un “Muchachos”, corte importante, y al toque metía un chiste para caer bien. Así fue que se hizo conocido; empezó a recorrer todas las bandas con un libro de actas bajo el brazo. Y consiguió ciento veinte firmas para armar la cooperativa.

No andaba solo. Ranchaba con otro pibe que le dicen “Chelo” y un paraguayo que no me acuerdo el nombre. Una vuelta, se mandaron para la hormigonera de Iriarte. Había guardias de seguridad. No sé cómo no los sacaron a los tiros. Le entregaron una carta al dueño. Tuvieron una reunión. Y en el año 2000 la empresa mandó cuarenta y dos camiones trompo para la villa. Una millonada de plata. Lavardén se asfaltó de punta a punta, el suelo se levantó diez centímetros. Y hasta el día de hoy le decimos “la calle de los milagros” porque nunca se inunda.

Es cierto que ahora se hace más política en el barrio. Hasta el almacenero de mi manzana quiere ser comunero. Muchas cooperativas se fueron para el lado del luqueo, pero El Paragua Benítez no tenía esos berretines. Él era evangelista. Siempre tiraba palazos de Jesús. Y fue el tipo que nos puso pillos en la política a nosotros, los pibes de las esquinas. Nos juntábamos en su casa a comer arroz, fumar porro y jugar al ajedrez, re locos. Y en el año de la crisis ya había treinta pandilleros haciendo trabajo social. Podaban los árboles, sacaban la basura, barrían los pasillos y destapaban las cloacas.

Después de la crisis aparecen los planes de emergencia laboral. En 2002 El Paragua ya andaba reunido con gente de la Secretaría de Educación para hacer una escuela de oficios en la villa: el centro de formación profesional número nueve. Consiguió que bajaran veinticinco becas. Entre todos los pibes juntamos plata y compramos una casita en Río Cuarto. La sede de Vientos Limpios del Sur. La equipamos con herramientas, hasta una máquina para hacer pañales. Pero El Paragua ya andaba fumando paco con uno de sus hermanos más chicos, Damián: el que vivía donde ahora está la carnicería en Lavardén. Uno flaquito, de flequillo. Gustavo tenía miedo que mataran a su hermano. Una madrugada de lluvia mi hermana escuchó ruidos en casa y se despertó. Era Damián con una tenaza en la mano tratando de cortar la cadena para entrar. Llevaba puesta una campera azul. Algo lo asustó y salió corriendo por el pasillo. Al ratito se escucharon cuatro tiros.

EL FONDO

Uno de los pibes del Fondo quiere hablar. En 2015 me contacto con Catriel y quedamos en encontrarnos fuera de la villa. En la esquina de Avenida Corrientes y Callao. “Yo me cagué a tiros con Los Piratas. Enterré a dos amigos.” Entramos a un bar sobre Callao. Catriel tiene el pelo canoso, peinado prolijo con raya al costado, lentes con aumento. Ya no es un pibe. Cumplió cincuenta años. Trabaja como operador en adicciones en un hogar de los curas villeros. Él mismo es la prueba viviente de la Divina Providencia. Estuvo secuestrado por Los Piratas del Asfalto. Y ahora revuelve con una cucharita un café con leche. “Una noche salí a comprar falopa y me estaba esperando uno de ellos. Vaca ¿lo conocés?”

El único transa del barrio quedaba en territorio enemigo. Y Los Piratas estaban al asecho. “Dale, caminá”, lo encañonó Vaca “el pirata” a Catriel y lo llevó por un pasillo largo y oscuro hasta una pieza de madera. Adentro del aguantadero estaban los demás “piratas”

enferrados a la luz de una vela. Había una mesa, algunas sillas y un catre que apenas se veía.

–Sentate– le dice Vaca a Catriel, y lo empieza a sicologear–: Yo sé que sos buen tipo, pero decile a Guido, al Uruguayo, a todos esos giles de mierda que la próxima...

–¡Vamo’ a matarlo ahora! –agitan los demás.

Vaca “el pirata” agarra de la mesa una calabaza hueca que usaban de pipa para fumar marihuana. Prende el encendedor. “Fumá”, dice. Catriel aspira una bocanada honda. La última de su vida.

–Eh Catriel, mi amigo. No le hagan nada –se escucha un vozarrón en la oscuridad.

Catriel mira para el lado del catre y ve una sombra que se le viene encima, lo levanta y lo pone contra la pared. Es El Paragua Benítez.

–Si matan a mi amigo me van a tener que matar a mí también.

El Paragua lo abraza a Catriel y lo lleva con carpa hasta la salida. Manotea el picaporte de la puerta: “corré”.

–Esa noche corrí como el viento. –Catriel toma un sorbo de café, se acomoda los lentes y abre los ojos como faroles–. Ese pasillo largo no se terminaba más.

Poca clientela en el bar. En el fondo del local hay mesas de pool y billar, pero nadie juega. Está casi tan oscuro como el aguantadero de Los Piratas. Hay algo especial en la prolijidad de Catriel: el peinado con raya al costado, la cara afeitada, el suéter con cuello abierto, la campera negra que eligió para venir a la entrevista. Hay personas que tuvieron que aprender todo eso de nuevo. “Yo viví diez años en la calle. Hace seis que salí. Después que falleció mi vieja y enterré a mis dos amigos, me perdí. El Paragua me vio muy mal. Y me llevó a vivir a su casa unos meses.”

Le pido a Catriel que me dibuje la casita de Gustavo en Lavardén. La mitad de la terraza era para colgar la ropa. Adentro del chaperío había un espejo, dos mesas, una cama y colchones donde dormían ocho personas. “Fisuras” como Catriel que volvían de la gira del fin de semana. Se quedaban a bañarse y a comer un guiso. Las noches de luna llena El Paragua Benítez se sentaba en la terraza a escribir poemas en guaraní y les traducía a los pibes. A las siete de la mañana salían a empujar un carro de madera que armaron con un soldador, un cigüeñal y

dos ruedas de auto. Recorrían las manzanas y sacaban la basura de las casas. En la villa no hay canastos. Solamente volquetes y hay que ir hasta las avenidas para encontrar uno. El servicio de recolección a domicilio costaba un peso y funcionaba de lunes a lunes. El Paragua Benítez llevaba anotados los recorridos en su cuaderno de hojas cuadriculadas.

—Muchachos —dice el ángel—. Hay que conseguir ladrillos y hacer una baranda en la terraza porque un día alguno se va a matar, es un peligro. Traigan ladrillos. ¡Pero no los roben!

Diez años viviendo en la calle. Durmiendo sobre un nailon en la estación de trenes de Parque Patricios con la escarcha de la mañana que le congelaba los huesos y no lo dejaba moverse. Sobrevivir a una guerra de pandillas y a la calle, no es para cualquiera. Catriel vivió cosas que prefiere ni acordarse. Como la noche que venía caminando por un pasillo delante de una fila de gente. Cuando salió a Lavardén se chocó con Los Cuatro Fantásticos: una banda de paraguayos que salían

encapuchados a robar en el barrio. “Uno de los cuatro pajeó la itaca y apuntó para matarme.” Atrás suyo venía de casualidad un tipo alto, vestido de pantalón vaquero y saco marrón. Se puso delante de Catriel y levantó los brazos. “¡No tiren! ¡Soy yo, El Paragua Gustavo!” Los Cuatro Fantásticos se miraron entre ellos y uno habló en guaraní. El Paragua contestó en el mismo idioma. Los encapuchados siguieron su ruta.

EL LINYERA

Año 2002. Una madrugada lluviosa de diciembre uno de Los Piratas volvía de laburar. Pluto “el pirata” fue a comprar escabio al kiosco. Había ganado. Su ñeri lo esperaba a la vuelta de la esquina con un bolso. Cuando Pluto volvió del kiosco vio a su compinche cagado a palos y a un pibe de campera azul con una tenaza en la mano. Pluto lo reconoció: era Damián, el hermano del Paragua. Se criaron juntos. Si Pluto se quedaba en el molde, su socio iba a pensar que lo había traicionado para quedarse con el bolso y repartirse la guita con Damián. Pluto “el pirata” sacó su arma y le metió dos tiros al hermano del Paragua. Cuando cayó al piso lo remató de dos balazos, uno en la boca. Esa madrugada Pluto llegó a su casa y desayunó fideos con tuco: la única comida que no le cae mal después de matar.

–No tuve opción –le dijo a la persona que me lo contó.

Después de la muerte de su hermano de veinte años,

El Paragua ya no estaba para nadie. O casi nadie. Dos pibes del barrio amigos suyos habían robado a un transa un kilo de “base” peruana: una piedra amarilla de olor dulzón. Veneno puro. Al Paragua le dieron un poquito para probar. Al rato ya andaba pidiendo más. Gustavo vendió la casa de abajo al carnicero y se volvió un linyera. Dormía en la calle con Siniestro, un perro grandote y sucio que lo seguía a todas partes. Revolvía en los volquetes de basura buscando comida. A la mañana, el linyera se sentaba en la esquina del kiosco de Iriarte y Luna a mendigar: “¿No me das un solcito?”, decía a la gente para que le dieran una moneda de un peso. “¿Te tengo que pagar peaje?” le dijo un guacho atrevido, sacó el *chumbo* y le pegó un tiro en el pie. “¡Solamente te pedí para fumar!”, lloraba Gustavo. De noche sus alaridos resonaban por los pasillos y despertaban a todo el vecindario.

—¡Quiero fumaaaarrrrr! — grita el ángel caído.

Mañana,
cuando arrastre ya los años
y la enfermedad me agarre
quién sabe si resistiré la prueba
sin tener a qué aferrarme.

El tiempo
y su terrible correntada
va a meterme en una caja
en un nicho de cemento.

CAÑO ROTO

Me dicen Chelo, tengo cuarenta y un años. No pongas “Chelo, amigo de Gustavo” porque te cago a trompadas. Yo era su compañero, su mano derecha. El secretario general de Vientos Limpios del Sur. También soy su primo *gua’u*. *Ka’u* no. *Ka’u* es “borracho”, *gua’u* en guaraní es “de mentira” ¿entendés? Soy primo lejano, por parte de mi cuñado. Mi banda es El Caño Roto. En nuestra época de oro éramos cuarenta pibes, ahora hay muchos abatidos. Conozco a Los Piratas y a los del Fondo, tengo sobrinos que formaron sus propias bandas, pero yo soy del Caño Roto. Y El Paragua Benítez vino a nuestra banda a predicarnos a Jesucristo.

Todos vamos a ser predicados antes de morir. Yo me drogué veinticinco años, más de la mitad de mi vida. Ahora dejé la pasta base. Me emborracho los fines de semana. Lucho contra eso, también. Desperdicié los dones, pero La Palabra dice que Dios viene por lo vil y despreciable del mundo. Él te elige a vos. Es un misterio muy grande. Como el huevo y la gallina.

Con Gustavo Benítez arrancamos a pintar el frente de las casas con cal por cinco pesos. Y al que no tenía plata le pintábamos igual. Hablamos con el chofer de la hormigonera, un misionero macanudo, y con el encargado de la empresa Pavimentos Alegre. Le llevamos una carpeta con nuestro proyecto. Nos dijo que le venía bien reactivar el laburo, pero necesitaban un permiso municipal. Por el asfaltado de Lavardén nos dieron un diploma del Gobierno de la Ciudad. En esta foto está El Paragua de traje, el otro soy yo con el pelo largo. “De las personas más marginadas a veces salen las verdades más profundas.” Eso lo escribió Gustavo. A veces me drogaba y me ponía a ver este álbum de fotos. Es lo único que me queda. Lo único que no me pudieron sacar.

Nuestro sueño era llevar Vientos Limpios del Sur a todas las provincias. Juntar a los fisuras y malandras, hablar con ellos. Con Gustavo nos quedábamos hasta la madrugada en la casita discutiendo. “No me traigas problemas, traeme soluciones”, me decía y yo “pero chupame la pija, Paragua”, porque ya en ese tiempo éramos una organización de verdad. Trabajábamos con gente de Prevención del delito y con pibes que tenían causas.

Después del año 2000 empezaron las tomas. Cada metro cuadrado de tierra que había en la villa se agarró. El sector paraguayo de San Blas y el de los bolivianos, Loma Alegre, antes eran basurales. La hormigonera de Iriarte cerró por las crisis y ese predio también se tomó. Lo mismo la cancha de fútbol de Tierra Amarilla. Ahí estaba El Paragua que se había agarrado un pedacito de la cancha porque hay un profeta del Antiguo Testamento que dice que hay que tomar la tierra. Al final negociaron y la policía los escoltó hasta un micro que los iba a llevar a firmar las escrituras, supuestamente. “Te van a meter en cana, boludo”, le grité. El Paragua sacó la cabeza por la ventanilla del micro: “¿Sabés qué pasa, Chelito? Vos no tenés visión”. Se comió cuatro días en el calabozo. Cuando salió nos cagábamos de risa: “¡Te dije!”

Una vez me rompí el tobillo saltando de un montacargas porque me perseguían los pibes de Zavaleta. Esta cicatriz en la frente me la hizo un chabón con una navaja porque lo cagué a trompadas, me desfiguró la cara, pero ya lo perdoné porque también sé lo que es la misericordia. Y esta cicatriz en la mano me la hizo Damían con una botella

rota. Mi otro primo *gua'u*. El hermano del Paragua. Era un demonio ese pibe. El día que lo mataron, Gustavo lo tenía en brazos y lloraba, recién amanecía. Fuimos juntos por los pasillos hasta los alambrados de la hormigonera, lo que ahora es el sector Alegre Pavimento. El Paragua les pidió a los pibes que paran ahí plata para el cajón como se acostumbra hacer acá. Le dieron treinta pesos. Cuando nos íbamos, nos llamaron y juntaron veinte pesos más. “Yo sé que fueron ellos”, me dijo El Paragua, “pero lo dejo en manos de Dios”. Eso me dijo.

No te olvides del resto de la comisión directiva: nuestro vicepresidente, Chiquitín, y del tesorero, “El Manco” Jorge. Le decíamos así porque tenía un brazo más chiquito que el otro. A ese me lo mataron en la calle. Había un paraguayo que nunca supimos el nombre y limpió con nosotros los galpones de la avenida Iriarte. Éramos una banda de soldados del Rey de reyes que salíamos todos los días con el carro de basura y la herramienta de trabajo en la mano. Nuestro lema era “combatiendo lo anormal”. Lo habitual en la villa no es normal. Y sembramos banda de semilla. Pero la vida del cristiano no es todo “Aleluya,

gloria a Dios” como la gente piensa. Ahora mismo hay una guerra contra el infierno. Mientras vos y yo charlamos en la casa de mi sobrino tomando una gaseosa, legiones de ángeles están batallando. No te rías.

El Maligno existe. Se llamaba Luzbel que quiere decir “luz bella”. Era el arcángel más hermoso, pero no quería servir a muñecos de barro como nosotros. Así que convenció a un tercio de los ángeles que se volvieron demonios, y se robaron la llave de las almas. ¿Vos sabés quién tiene la llave, ahora? ¿San Pedro? No me hagas reír, boludo. La llave de la Vida y la Muerte la tiene Jesucristo, amigo. Se la arrebató a Satanás cuando bajó al infierno.

Ahora que me rescato vos sos igualito a Saulo. ¿Sabés quién era Saulo de Tarso? Un fariseo que perseguía a los cristianos hasta debajo de la cama. A ése no le predicaba nadie, tuvo que ir Jesús en persona. Lo volteó del caballo en el camino a Damasco y le dijo: “Saulo, ¿por qué me persigues?”. Y mirá cómo es Dios ¿no? porque Saulo se convirtió en Pablo, el apóstol de los *gentiles* que vendríamos a ser nosotros, los no judíos. El tipo que más renegaba de la justicia de Dios es el que más predica ¿te das cuenta? Así está hecha la ley y la trampa. Capaz vos querías ser mona-

guillo y ahora predicás a Jesús. ¡Arrepentite y orá!

No me grabes, Saulo, recién te conozco. Ya sé que querés escribir un libro. Si venís de buena leche y yo tengo buena leche podemos ir caminando juntos hasta *La Serenísima* ¿entendés? Con mis sobrinos ahora estamos organizando el Día de Reyes y no tenemos ni un juguete todavía. A mí nunca me trajeron nada y eso que dejaba el pastito con agua. Te paso mi número de celular, empieza con el número del Diablo, el sesenta y seis, y termina con el noventa y nueve, los hermanos. Llamame, no te cuelgues.

DE LA CUNA AL FUNERAL

En 2016 empecé a parar con la banda del Caño Roto. Nos sentábamos en unas reposeras sobre el pasaje Lavardén a escabiar vino con *Coca Cola* justo en la puerta de la casa de Chelo. Al principio yo estaba perseguido de que me vieran los pibes del Asfalto, me agarraran a la salida de la villa y me hicieran preguntas incómodas. Me quedaba en el piso con una capucha y unas gafas de sol. Hasta que alguien se paró enfrente mío: el hermano menor de Chelo. “Adentro hay sillas, agarrate una o tomate el palo. En mi casa nadie se sienta en el piso.” Me levanté como un pollito mojado, fui a buscar una reposerera y seguí escabiando como corresponde.

En esas jornadas con El Caño Roto conocí a personajes de la villa como Chiquitín, un tipo bajito de ojos saltones que hacía changas de electricidad. Lo que ganaba se lo gastaba en paco. Con Chelo estábamos sentados en las reposeras y pasó caminando por Lavardén. “Chiqui, pagate una birra, compa”, grita Chelo y me da un codazo: “éste no me puede decir que no. Era mi vicepresidente”.

Chiquitín viene del kiosco con la cerveza. “Che, ya que estás acá, ¿no me arreglás la luz del patio?” Chelo entró a su casa y sacó “La Rottweiler”, una *Honda* de ciento cincuenta cilindradas y lo acompañé hasta la ferretería en moto a comprar el portalámparas. Cuando volvimos, el hermano menor de Chelo estaba en el patio preparando el fuego para tirar una faldita en la parrilla. La mamá de los dos estaba adentro del comedor mirando televisión. Y Chiquitín “el fisura” fumaba un cigarrillo debajo de un árbol de nísperos; le iba poniendo disimuladamente la ceniza del cigarro a la boca de la pipa que tenía en la otra mano escondida en el bolsillo. Algunos dicen que por eso la llaman “pasta base”, porque se necesita una “base” de ceniza para fumarla. No sé si será cierto, lo que sé es que Chiquitín le dio un pipazo y Chelo justo lo vio:

—¡Mamá! —grita Chelo—. ¡Chiquitín está fumando paco!

Los veranos en Lavardén son la gloria. Los fines de semana hay humo de asadito y los guachines juegan a que los persigue un perro y se esconden a la vuelta del pasillo. Hay sillas afuera y ruido de motos. Las “lecas” como llaman los “kurepas”, o sea, los argentinos a las paraguayas, desfilan por Lavardén con sus tacos altos rumbo a los bailes de Constitución. Cuando baja el sol y empieza a sonar una polca, una cachaca *pirú*, un vallenato cortavenas, uno empieza a sentir en carne propia la nostalgia de la villa por su madre patria. La sagrada tierra de ríos y maldiciones en el monte.

En esas tardecitas paraguayas de Lavardén a cuarenta cuadras del Congreso de la Nación, a veces pinta el hambre. Con Chelo estábamos “coreanos”, no teníamos un mango. Ya era de noche. Una de las hermanas de Chelo que atendía un local de comidas al lado, se apiadó y nos regaló una porción de fugazzeta a cada uno. Cerca de las nueve cayó un chabón de remera blanca al local. No pesaba más de sesenta kilos. Su novia llevaba un rodete en la cabeza y una campera color rosa que le combinaba con las zapatillas deportivas. Cuando salió de comprar, Chelo le manguéó una cerveza. El chabón fue hasta el kiosco

de enfrente. Desde la reposera, Chelo me da un codazo: “éste es el más malo de toda la villa”. Lo reconocí. Era el asesino de Damián.

Pluto “el pirata” se acercó con la birra. Arrastraba una pierna como si fuera un pirata de verdad. Se puso a hablar con Chelo. “Yo estuve en el infierno”, dijo en un momento. Vi sus ojos: eran opacos. Hablaba como si le hubieran quedado secuelas de un tiro en la cabeza. La cosa es que Pluto estuvo muerto. Y esa noche contó que bajaba por un “mar color chocolate” hasta llegar a lo alto de un terraplén. En el sueño vio a un demonio que sostenía con correas a una jauría de perros enormes. Debajo del terraplén, había un laberinto donde los condenados como Pluto corrían a esconderse.

—No podías —dice Pluto, tocándose la nariz con el dedo índice—. Te olían.

Los perros lo perseguían por el laberinto y se lo comían vivo. La tortura se repetía varias veces. Hasta que de repente tuvo otra visión. Estaban su papá y su hermano en el cielo y se abrazaron los tres. Pero Pluto se estaba ahogando con su propia sangre. Mientras Pluto “el pi-

rata” contaba la historia más increíble que yo haya escuchado jamás, su novia, unos metros alejada, giraba una y otra vez la tapita de una botella de jugo *Levité*. Pluto me saluda con un tibio apretón de manos, lo mismo hace con Chelo. Se aleja unos metros y Chelo le grita: “si algún día necesitás una llavecita, avisá”. Pluto se da media vuelta, levanta la palma de la mano y la sacude en el aire: “ya sé que me voy para allá”.

Y seré una cosa fría
por quien doblan las campanas.
Pues ya se acabó mi tiempo.
Tiempo de la cuna al funeral.

Por qué perder el tiempo
en esos rudimentos que no voy a llevar.
Si como he venido, nada he traído
y nada me voy a llevar.¹

¹Canción de Gustavo “El Paragua” Benítez.

“VAMOS A BAJAR LOS FIERROS, HAY QUE BUSCAR OTRA SALIDA”¹

Entrevista a Gustavo Benítez, fundador de “Vientos Limpios del Sur”. Mundo Villa publica cómo es la difícil tarea de apaciguar a las bandas armadas. Las claves para terminar con la inseguridad social.



¹Entrevista realizada por Víctor y Joaquín Ramos para el N° 2 del periódico Mundo Villa en febrero de 2009.

“Todo lo que nos pasó como país es buenísimo porque ya sabemos lo que no tenemos que hacer para que nos pase lo mismo.” “Si vos cruzás Avenida Rivadavia para el sur, sos un tipo corajudo. Si cruzás Avenida Caseros para el sur, sos más que corajudo. Si cruzás Avenida Iriarte hasta el Riachuelo sos un loco. El sur está jodido.” Así comienza la charla con Gustavo Benítez en el Hospice San Camilo de Olivos, donde se encuentra internado con un cáncer terminal. Gustavo es referente de las bandas de jóvenes de Villa 21 y 24 de Barracas, algunas de ellas armadas, otras consumidoras de paco y alcohol.

¿Cómo te vinculaste con las bandas?

Yo me crié en La 21 Barracas. Todos nos conocemos del barrio y de la escuela República de Haití en la calle Lafayette. Con un grupo de jóvenes me animé a organizar campeonatos de fútbol, después de todos los problemas que hubo. Los juntaba a los pibes y les decía: “Muchachos, vamos a bajar las armas, vamos a bajar los fierros, hay que buscar otra salida a este problema que tenemos”.

¿Cuántas bandas había en todo el barrio?

Había quince bandas con las que fuimos creciendo juntos, al igual que el barrio. Una por una las conozco y por suerte logré hablarles y que me pudieran escuchar. La necesidad hizo que cada banda

resguardara su sector y por muchos lugares no se podía pasar. Nos criamos sin ley. No se puede vivir sin ley, con los códigos que unos saben y otros no. Se acomoda la ley según la conveniencia, ¿no se van a acomodar los códigos? ¿La ley del duro y del más fuerte? Siempre hay un amigo, un hermano, un pariente que va a saltar.

¿Qué peligros conllevaba mediar entre todas las bandas?

Trato de no recordar porque abren heridas, viste. A mi hermano lo mataron. Le pegaron cuatro tiros: en la boca, en la panza y en la mano. A mí me pegaron un tiro en el ojo izquierdo, uno en la pierna, otro en el pie. Hay cosas que vivimos que superan la ficción. Nosotros tenemos una frase que dice: “Vientos Limpios del Sur, combatiendo lo anormal”. Lo habitual no es normal. Que nosotros nos habituemos a que esa vida es normal, que tengamos que resignarnos a vivir en un concierto de tiros, entre la basura, entre la droga. Nosotros sacamos 21 autos robados de la villa que estaban tirados por cualquier lado, todos desarmados. Y fue un riesgo muy grande estar al frente de un grupo de jóvenes con las mismas convicciones de decir: “Si hacemos esto, nos va a doler. Y si no lo hacemos, nos va a doler más”.

¿Qué es lo más importante que habría que hacer en el barrio?

Lo más importante en la villa es urbanizar. Es una promesa que

nos vienen haciendo desde que yo era chico. Cuando se inunda el barrio es un peligro, se caen los cables de alta tensión y es trágico. A un amigo, Gustavo Herrero, se le cayó un cable y lo mató. Y ahora estamos haciendo una placita en su nombre. Todos nosotros soñamos con que un día encontremos nuestra villa convertida en barrio. Como está ahora no entra un bombero, no entra un remis, no entra una ambulancia, no entra un patrullero. No tenés servicio de nada, no tenés opción de nada, no tenés escapatoria. Para eso impulsamos la construcción del Polo Educativo y ya inauguramos el Centro de Formación Profesional N° 9. Todo hecho con tracción a sangre. Desde hace años hablan de urbanizar, pero los únicos que asfaltamos fuimos nosotros, sin ayuda de nadie.

¿Cómo estás ahora?

En este momento tengo tumores, me los quitan y vuelven a aparecer. Estuve en cuatro hospitales y me hacían esperar y me daban excusas. Todo se complicaba. No digo que abiertamente te discriminan, pero...vos fijate que yo les caigo sin documentos, con un tiro en el ojo, con un tumor en el cuello más grande que el que tengo ahora, y encima de la villa.

¿Y el Hospice San Camilo, donde estás ahora?

Es un lugar maravilloso. Hay que estar con un enfermo: lavarlo, limpiarlo, vendarle las heridas...hay que estar con un enfermo.

Agradezco el trabajo que están haciendo acá porque realmente cuidan al prójimo, lo acompañan con cariño. Ver el amor de Dios en la vida de estas personas me hace dar cuenta de que voy bien, pero puedo ser mejor. Me inspira mucho. El otro día también me visitó el padre Pepe y me emocionó con sus palabras. No sé cuándo me toque la puerta el de Arriba, pero ya dejé un par de cosas listas: los amigos de Vientos Limpios del Sur con las pilas puestas y el motor en marcha. Y pude reencontrarme con mi hijo Juan. Con esperanza y luchando, un mundo mejor es posible.

FOTOGRAFÍAS ENCONTRADAS

Postales de la villa antes del asfalto (2 y 7) el cementerio de autos (4 y 5), la sede de Vientos Limpios del Sur (6) y algunos de sus integrantes (1,3 y 8).



CINE Y TELEVISIÓN

Vientos Limpios, el documental, Nacionalidad Villera y “El Rengo” son algunas producciones audiovisuales que inspiraron este trabajo.



Contacto: librerialasmasasy laslanzas@gmail.com;
pmsartirana@gmail.com